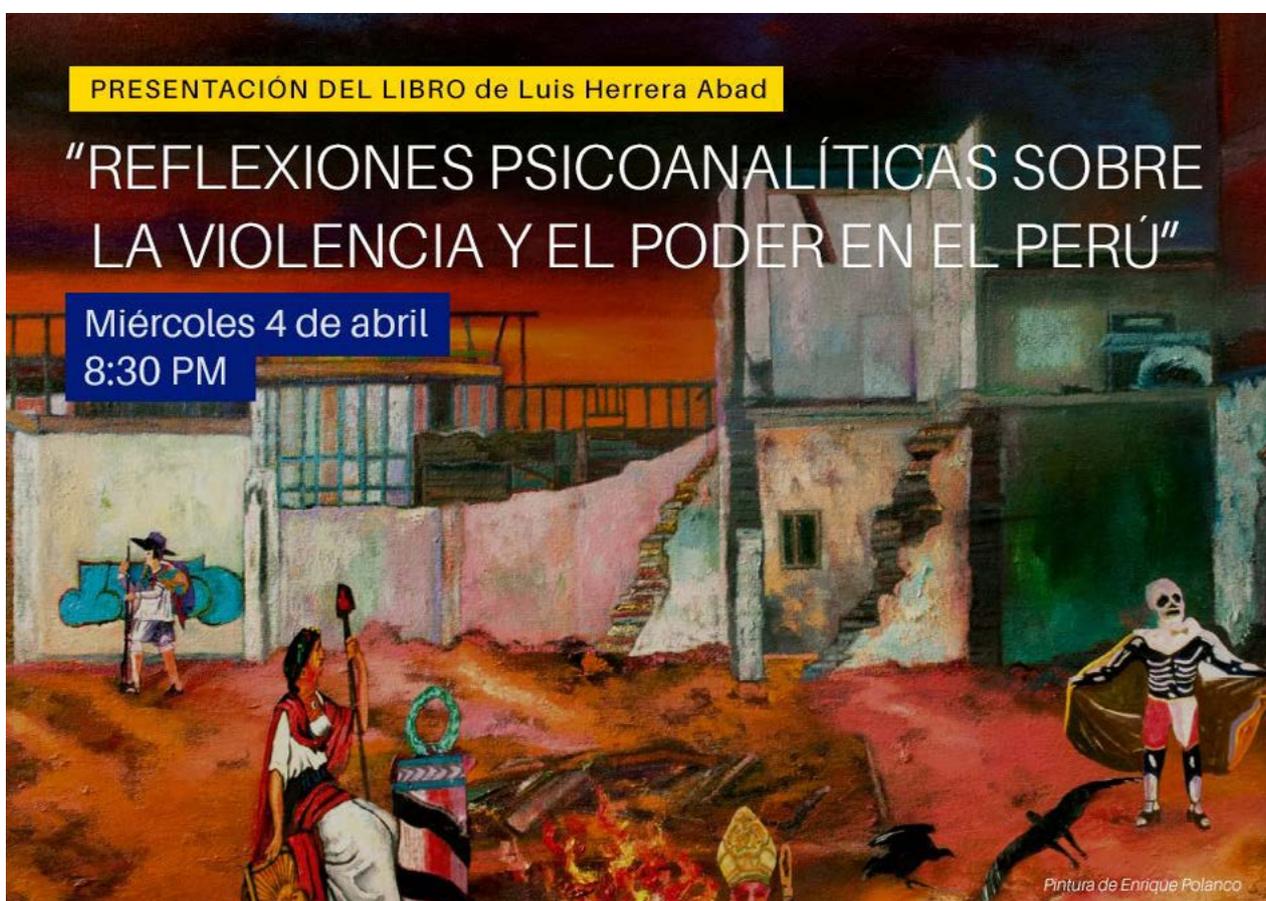


# Notas sobre el libro *Reflexiones psicoanalíticas sobre la violencia y el poder en el Perú*

CÉSAR BEDOYA G.<sup>1</sup>



Luis Herrera Abad. *Reflexiones psicoanalíticas sobre la violencia y el poder en el Perú*  
Lima: Biblioteca peruana de psicoanálisis. 2018

1 Sociólogo. Actualmente responsable de la Línea de gobernabilidad, para Colombia y Perú, del Proyecto Comunidades Inclusivas y Sostenibles para América Latina de la Federación Canadiense de Municipalidades (FCM-CISAL).

**Reseña de *Reflexiones psicoanalíticas sobre la violencia y el poder en el Perú*. De Luis Herrera Abad.**

La relación entre el psicoanálisis y las ciencias sociales es, en general, fecunda, pero el proceso de amalgama creativa para que algo constructivo pueda derivar de ello no es un devenir sencillo. La teoría construida por Freud —y enriquecida por otros tantos autores a la fecha— está centrada en la psique humana, en la búsqueda de su constitución y funcionamiento, en las pulsiones que la energizan, en las condiciones íntimas que configuran su compleja filigrana, consciente e inconsciente, ahí donde alterna el Ello, el Súper yo y el Yo, ahí donde eros y tánatos se encuentran en permanente enlace y desenlace, en las consideraciones sobre lo interno que la hace muchas veces insondable. Podemos decir que lo externo, donde entra la cultura y las circunstancias sociales es un aspecto no menos importante, que el psicoanálisis mira con sus mismos ojos conjeturales sin postular afirmaciones rotundas, ni mucho menos leyes universales que puedan explicar algo de manera cerrada y compacta. Eso lo dejó claro el propio Freud en sus aproximaciones a lo social en textos fundamentales como *Totem y tabú*, *El malestar en la civilización* y *Psicología de las masas y análisis del yo*.

Luis Herrera Abad, psicoanalista de las canteras de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis, de la que es miembro titular, acaba de publicar *Reflexiones psicoanalíticas sobre la violencia y el poder en el Perú*, libro en el que asume el reto de intentar razonar desde la teoría (y la práctica) psicoanalítica temas complejos que configuran nuestra realidad social. Este aporte se suma al previamente realizado por autores de la misma corriente teórica, tales como Saúl Peña, quien abordó el tema de la corrupción en el Perú; Max Hernandez y sus reflexiones sobre el mestizaje y la historia; Jorge Bruce echando luces sobre el racismo y el conflicto.

El libro está organizado a través de una entrada en la que el autor busca dilucidar la responsabilidad social del psicoanálisis para, tras ello, desarrollar su argumento a través de cinco secciones. La primera titulada Psique, violencia y poder; la

segunda, Psique, sociedad e institución; la siguiente, Violencia, poder y dolor psíquico en la vida y obra de José María Arguedas; la cuarta, Sendero luminoso, la violencia como camino al poder; la última sección tiene como título, Buscando una reparación. En todas las aproximaciones, el autor se vale de un interesante enhebrado conceptual que va desde los clásicos teóricos del psicoanálisis hasta los denominados postfreudianos para iluminar el tema en cuestión.

¿Qué tiene que decir el psicoanálisis respecto a los momentos que vivimos histórica y socialmente en el Perú? ¿Cómo nos representamos a nosotros mismos los peruanos? ¿Qué sociedad esperamos? ¿Nuestra identidad individual no está acaso íntimamente ligada a nuestra auto-representación como nación? Son las preguntas que se plantea el autor de cara a dilucidar la responsabilidad social del psicoanálisis (p. 19). Para ello, nos propone un diálogo sobre la violencia y el poder a la luz de la relación entre la psique y la sociedad (p. 21), considerando de antemano que estamos frente a una identidad fragmentada que corresponde a un país pluriforme, plurirracial y pluricultural. Así, cada fragmento de este entramado se distancia del resto, lo que deviene en el desarrollo de estereotipos e imágenes deformadas del otro. De este modo, es justamente esa distancia la que incide en el desconocimiento y, a su vez, genera que las relaciones suelen regirse por las leyes del dominio y la violencia aparece como nexo.

El autor opta por una mirada compleja sobre el poder. En ese sentido, instala como conceptos iniciales para la reflexión los desarrollados por Michel Foucault, es decir, esa multiplicidad de poderes a la que alude dicho autor, que va más allá de lo instituido por lo gubernativo. El poder es una relación en la que entra en juego lo familiar, lo sexual, lo social y lo productivo. Aquí es donde el psicoanálisis busca razonar sobre los conflictos internos que configuran la psique humana, los cuales se entretajan, a su vez, con el todo social; al interior de este último, además, se encuentra la cultura, así como las instituciones, que sirven para organizar las pulsiones y encaminarlas de modo tal que la civilización se desenvuelva como tal, con el costo que eso acarrea para el individuo.

En el medio de esta reflexión, cabe consentir que la instauración del poder es indispensable para la vida en común; sin él, no habría un orden que nos permita vivir compartiendo la realidad; sin embargo, puede aparecer su rostro siniestro al darse una alianza con la crueldad (p. 41).

Todo individuo llega a constituirse como ser humano cuando aprender a hablar, a escribir, a sentir y cuando aprende lo que el resto de la sociedad le enseña. Este aprendizaje no sería posible sin la existencia de las instituciones. No es posible concebir una sociedad sin individuos, tal como no es posible considerar lo contrario (p. 67). Esta resulta una premisa clave para adentrarse en la reflexión sobre la naturaleza, el alcance de las instituciones y su rol en la configuración de una convivencia más saludable, dentro de la cual el impulso y la agresión instituyente deberían seguir aquellos que cauces que deriven a que esta energía desplegada construya en vez de destruir, cree vida en vez de aniquilarla. Es decir —y abusando quizá de los conceptos— que Eros se sobreponga a Tánatos, sabiendo que esta alteridad no puede diluirse. El reto abierto en el Perú, por tanto, consiste en cómo la institucionalidad logra desplegarse de tal modo que acoja a los ciudadanos, les dé confianza y genere ese ambiente facilitador que permita proveer vida creativa y solidaria.

A partir de un notable ejercicio de auscultar la trayectoria de un creador como José María Arguedas, el autor nos invita a pensar ese Perú retratado en cuentos y novelas, rico en luchas, conflictos y traumas, prolífico en padres buenos y malos y en identidades siempre en trámite. Es decir, el individuo que expresa lo social a través de la urdiembre de palabras, a través de la be-

lleza creadora (p. 112). Ahí están patentes nuestros miedos y fantasías, cada uno cumpliendo su rol: la realidad y su natural incertidumbre y la utopía como refugio optimista que nos permite imaginar un mundo en paz, sin problemas, previsible y seguro, desde donde podemos desplegar nuestra capacidad de pensar y, en consecuencia, de crear.

Pero las utopías también pueden ser siniestras y destructivas. En este punto, el autor intenta pensar Sendero Luminoso como ese agente portador de una contrautopía, la cual plantea que para ganar la felicidad, se debe sembrar primero la muerte. Este fenómeno que en un punto de la historia del Perú quebró una realidad para intentar instalar otra, desveló corrientes internas de una sociedad de víctimas y victimarios, donde las instituciones perdieron su capacidad de contención y —lo que puede resultar peor— se identificaron con el enemigo. Proceso histórico doloroso que sigue pendiente de reparación y el cual es preciso recordar de manera constructiva para aprender.

Aporte creativo y constructivo el que nos ofrece el autor. Una aventura del conocimiento que nos pone frente a conceptos y modos de aproximarse a temas complejos como la violencia y el poder en el Perú, en el que el acento no está puesto en las estructuras, en lo social como fenómeno concreto que determina, sino en esa alteridad en la que el individuo se configura como tal, en esa interface primordial, en ese juego complejo que expande y a su vez reprime, que como aludía-Freud, es medicina, pero también veneno. Bien lo dice Lucho Herrera, en un momento: «El psicoanálisis proporciona una historia del ser humano concreto dentro de la historia general común a todos los seres humanos».